

Mitchell no quiso reconocer la urgencia del peligro y opinó que quizás no tenía el Austria mas idea que excitar al rey para que diera el primer paso, á fin de tener un motivo para reclamar el auxilio armado que Rusia y Francia estaban obligadas á prestarle en el caso de que el rey de Prusia violara la paz. A esto le contestó el rey con ojos chispeantes y voz áspera: «Caballero, ¿qué ve V. en mi cara? ¿Le parece mi nariz hecha para recibir papirotazos? ¡Por Dios juro que no lo sufriré!» y parándose delante del retrato de María Teresa dijo despues: «Esta señora quiere la guerra; pues cuanto antes la tendrá. No puedo remediarlo si tengo que adelantarme á mis enemigos; mis tropas están dispuestas, y voy á probar si puedo deshacer la conspiracion antes de que adquiera mayor fuerza.»

La única concesion que logró el embajador inglés con sus objeciones fué que el rey al fin se mostrara dispuesto á exigir una explicacion de la emperatriz María Teresa antes de tomar la ofensiva, sin hacerse por lo demás ilusiones sobre el tenor de la contestacion que ya suponía cuál sería. Efectivamente, al día siguiente envió orden á Klinggraeff, su embajador en Viena, de preguntar á la emperatriz con frases modestas y toda la cortesía correspondiente si los movimientos de tropas en Bohemia y Moravia, de los cuales le llegaban noticias por diferentes conductos, iban dirigidos contra él (1).

Klinggraeff recibió la orden el 24 de julio, y al día siguiente, por medio del conde de Kaunitz, á quien comunicó su encargo, solicitó una audiencia de la emperatriz. El ministro austriaco prometió complacerle y salió para Schönbrunn, residencia de verano de la emperatriz, elaborando en el camino la contestacion que esta tendría que dar al día siguiente al embajador prusiano. Kaunitz creyó descubrir en la pregunta del rey de Prusia dos objetos: primero entrar en explicaciones para dar largas á los planes del Austria, planes que el conde deseaba por el contrario impulsar con la mayor actividad y energía, y segundo entablar negociaciones para hacer proposiciones y concesiones importantes. Ni una cosa ni otra convenía al gran canciller de María Teresa; de suerte que la contestacion de su soberana había de ser calculada para que no quedase medio de interpretarla favorable ni desfavorablemente sin dejar por eso de ser enérgica y cortés, á fin de contrariar completamente el objeto que se hubiera propuesto el rey Federico. Razonando así acabó por sacar en limpio que bastaría hacer contestar á la emperatriz, que atendidas las circunstancias de crisis general en que se encontraba la Europa, exigían su deber y la dignidad de su corona que adoptara medidas encaminadas á hacer respetar su propia seguridad y la de sus amigos y aliados. Así contestó la emperatriz el 26 de julio al embajador prusiano; solo que añadió la palabra: «y que no se proponía perjudicar á nadie.» Juntamente con esta contestacion que le envió su embajador recibió el rey Federico por su confidente en Dresde copia de la carta del conde de Flemming en la cual relataba su conversacion con Kaunitz y lo que este fué meditando por el camino de Schönbrunn. El mismo día en que tuvo su embajador la audiencia con la emperatriz, el embajador de Francia en Berlin marqués de Valory, comunicó al rey oficialmente, que en caso de ser atacada la emperatriz María Teresa estaría obligada la Francia á acudir á su auxilio, con lo cual el rey Federico tuvo lo bastante para convencerse de que en Versalles lo mismo que en Viena no había ya esperanza alguna de entenderse pacíficamente, y que de consiguiente no le quedaba mas remedio que proceder con arrojo

(1) Este documento como muchos otros que hemos citado, se encuentra *in extenso* en la *Historia de la guerra de siete años* por A. SCHAEFER (escrita en alemán).

y decision. Así lo escribió el mismo día de la audiencia á su embajador en Versalles, el caballero de Knyphausen; y recibido que hubo la relacion de Klinggraeff mandóle el 2 de agosto la orden de volver á preguntarse á la emperatriz. «La contestacion, decía, que he recibido no es contestacion ninguna, porque ni los Estados de la emperatriz ni los de sus aliados están amenazados por ningun lado. En cambio lo están muy mucho los míos; y á fin de no ocultar nada á la emperatriz, es preciso hacerle saber que estoy perfectamente enterado del tratado de alianza ofensiva que contra mí ha hecho á principios de este año con la corte de Rusia. En este tratado han convenido las dos emperatrices en atacarme de improviso, la de Rusia con 120,000 hombres y la de Austria con 80,000. Este plan que debía ser ejecutado en mayo del corriente año ha sido aplazado porque al ejército ruso faltaban soldados, á la escuadra marineros, y trigo á la Finlandia para alimentar tanta gente. Ambas cortes han decidido no aguardar mas allá de la primavera próxima; y ahora me confirman por todos lados la noticia de que la emperatriz concentra el grueso de sus fuerzas en Bohemia y Moravia, de modo que las tropas acampan cerca de mis territorios, y además se establecen depósitos de municiones de boca y guerra, y se forman á lo largo de mis fronteras cordones de húsares y de croatas, como si ya estuviésemos en medio de la guerra. Todo esto me autoriza á pedir á la emperatriz una explicacion formal y categórica, la declaracion de que no me atacará ni en este año ni en el siguiente. Quiero saber si estamos en guerra ó en paz, y dejo la contestacion á la emperatriz. Si sus intenciones son puras, ahora es el momento de demostrarlo; pero si se me contesta á manera de oráculo, con vaguedad y sin precision, quedará la emperatriz responsable de todas las consecuencias de esta tácita confirmacion de los proyectos perversos que ha forjado contra mí en union con la Rusia, y tomo á Dios por testigo de que soy inocente de las desgracias que de esto resulten.»

El 7 de agosto llegó esta orden á manos del embajador prusiano en Viena, y tan pronto como Kaunitz tuvo conocimiento de la nueva pregunta, que por cierto le era muy molesta, dijo al embajador, con el objeto de ganar tiempo, que la presentara por escrito; y como para esto era menester que aquel pidiera autorizacion á su soberano no pudo presentar la memoria sino el 18 del mismo mes.

En Viena no se disimularon la gravedad de esta declaracion y no dudaron que sería seguida de la invasion inmediata de los prusianos en Sajonia y Bohemia. La corte estaba convencida de las buenas intenciones del rey de Polonia y elector de Sajonia pero tambien lo estaba de la impotencia de su ejército y de su falta de todo lo necesario para oponerse al primer avance del enemigo. Por otro lado tampoco ignoraba que las propias fuerzas austriacas en Bohemia eran todavia demasiado insuficientes y el espíritu de la nobleza en aquel país estaba muy abatido para una resistencia eficaz. Por estas razones opinaron los generales Khevenhuller y Colloredo que fueron consultados, que se contestara á la pregunta del rey de Prusia en un sentido que si no evitaba la guerra, por lo menos la aplazase. Los condes de Kaunitz, Ulfeld y Bathany al contrario observaron que la situacion en nada absolutamente había variado desde que se había dado hacia tres semanas la primera respuesta en conformidad con la resolucion expresa del consejo de Estado, á la pregunta del rey de Prusia; de suerte que retroceder era imposible, deshonoroso é inútil, porque no detendría la guerra ya que el rey Federico no se habría de contentar con una evasiva y pediría garantías que no se podían dar. Que los daños consiguientes á un comienzo de la guerra en circunstancias desfavorables, serían solamente momentáneos y luego venta-

osamente compensados con el auxilio que ninguno de los aliados negaría tan pronto como fuera un hecho la violacion de la paz por parte de Prusia (1). La emperatriz se declaró por esta última opinion, y el 21 de agosto se dijo á Klinggraeff que el tenor de la nota prusiana había indignado tanto á la emperatriz, que le era imposible contestarla, y que se limitaba á decir que las noticias referentes á una alianza ofensiva entre ella y la Rusia eran falsas y pura invencion. En efecto falsas eran por entonces, porque á la sazón no existía todavia tratado formal entre las dos potencias, segun hemos dicho en un capítulo anterior. En resumen, no se dió al rey de Prusia la seguridad que había pedido y con esto quedó decidida la guerra. El 29 del mismo mes de agosto entraron las tropas prusianas en Sajonia.

En Versalles no se estaba preparado á una ruptura tan súbita; y si María Teresa hubiese comunicado el caso á aquella corte antes de dar su contestacion, como habría sido lo regular, se la habría instado ciertamente á no cometer semejante imprudencia. El abate Bernis desahoga en sus Memorias el profundo disgusto que le causó el proceder imprudente y autocrático de la emperatriz. La indignacion causada por la pretension insolente del rey de Prusia, dice, no debía impedir la reflexion de que solo se tenía reunidos 20,000 hombres en el campamento de Kolin, y que el rey Federico se encontraba á la cabeza de 100,000 hombres. «A haber reflexionado la emperatriz, habría dado la seguridad que había pedido, no sin llamarle la atencion sobre el carácter singular y ofensivo de la pregunta; porque así aplazaba la ruptura de las hostilidades y ganaba tiempo para reunir sus fuerzas, asegurar la Sajonia contra un golpe de mano, y permitir á las cortes aliadas concertar las operaciones colectivas, con lo cual ganábamos nosotros tambien el tiempo necesario para tomar nuestras disposiciones militares y económicas. En lugar de esto la corte de Viena precipitó su contestacion á la Prusia, y nos la comunicó cuando ya la había dado.» «Así, sigue diciendo con gran dolor el abate, se abrió la lucha antes de que los combatientes estuviesen preparados, originándose de aquí la fatal confusion y las desgracias que podían haberse previsto y evitado.»

Todo esto era muy exacto y puesto en razon, mirado desde el punto de vista francés; pero este no era el punto de vista de la emperatriz, y así lo comprendió tambien el abate Bernis, porque dice: «María Teresa estaba ya con nosotros poco mas ó menos acorde respecto de la cuestion principal, y por esto se apresuró á embarcarse en la empresa por temor de que algun caso imprevisto nos privara mas adelante de tomar abiertamente partido por ella. Calculó que difícilmente se le presentaría otra ocasion tan magnífica para humillar al rey de Prusia, y que una vez declarada la guerra, marcharian las negociaciones con mas brio y se tomarian con mas rapidez las resoluciones, que la corte de Rusia, en vista de la invasion de Sajonia y de Bohemia, se decidiría con mas facilidad á adoptar. Se pondría sobre las armas el imperio alemán, que llamaría á su auxilio á la Francia y á la Suecia como potencias garantes de la paz de Westfalia, y finalmente, aunque el rey de Prusia alcanzara al principio algunas ventajas, la escena cambiaria muy pronto por efecto de la reunion de los ejércitos de las monarquías mas poderosas.»

Estas consideraciones son la justificacion mas completa del proceder de la emperatriz. Por otra parte sobrado tiempo había tenido la Francia para impedir la guerra, bastando tan solo para esto haber permanecido neutral en la contienda; pero habiéndose dejado arrastrar con increíble obcecacion á una guerra general en provecho del Austria, debía

(1) Véase la obra de ARNETH, tomo 5, pág. 11 y 12.

estar preparada para esta y otras sorpresas del mismo género. Sobre todo, debía haber previsto que su aliada no dejaría pasar el menor pretexto que diera el rey de Prusia, sin valerse de él al instante para presentarle y tratarle como violador de la paz; y por último debió tener en cuenta el deseo de aniquilar al rey de Prusia que dominaba en la emperatriz á todas las demás consideraciones. Estaba segura del auxilio ruso; pero no esperaba de Rusia esfuerzos gigantescos hasta haberlos visto; de modo que sin la esperanza del auxilio francés en tropas y dinero, jamás se habría arrojado á semejante guerra. Para asegurarse este auxilio provocó el ataque de parte de la Prusia; importándole muy poco los reverses que pudiera acarrearle al principio de la campaña, y mucho menos la suerte que tocaría á la Sajonia. Si de esta última se hubiese cuidado en algun modo, no habría dejado pasar los últimos años sin tomar disposiciones en favor del electorado; pero en lugar de esto hasta inutilizó las proposiciones que el gobierno francés había presentado á este fin.

El derecho de existir de la Prusia envolvía el derecho de ocupar la Sajonia; solo negando el primero podía negarse el segundo. En una guerra en que se trataba de la existencia de la Prusia, no había mas alternativa para aquel de sus vecinos cuyo territorio se interponía entre ella y su adversario, que ser hasta el fin de la contienda su fiel compañero de armas, aun á riesgo de sucumbir juntos, ó quedar del primer golpe fuera de combate y ver su territorio incorporado á la Prusia durante la guerra. Esta fué la necesidad que se imponía á Federico, aun cuando la política sajona hubiera sido solamente ambigua, incierta y versátil en lugar de ser como fué tan traidoramente hostil, constantemente belicosa é insaciablemente ambiciosa, segun ella misma se había retratado en los documentos que se habían facilitado al rey Federico. Este no podía tolerar una Sajonia solamente dudosa sin poner en peligro su monarquía. ¡Con cuánta mas razon no había de mirar como botín de guerra una Sajonia enemiga, y hacer de ella el teatro de la lucha antes de permitir que lo fuesen sus propios dominios! Tan evidente era esto para cualquiera inteligencia política, que no se ocultó al abate Bernis, el cual, dejando á la imaginacion de sus lectores el cuidado de encontrar el medio que Federico habría debido aplicar para ocupar militarmente la Sajonia sin invadirla previamente, dice de este modo: «Pueden hacerse cargos al rey de Prusia por la invasion, pero no por la ocupacion de la Sajonia. Con la primera ha cometido una injusticia, pero respecto de la segunda ha procedido como monarca y general hábil, procurándose recursos y ventajas estratégicas sin las cuales habría sucumbido. En la guerra el éxito lo justifica todo: los vencidos pagan el gasto; los indecisos son vituperados si se estrellan, y á menudo recogen el desprecio de sus contemporáneos y de la posteridad. Es triste y vergonzoso para la humanidad que principios tan injustos hayan sido consagrados por la historia de todos los tiempos!»

VIII.—LA CATÁSTROFE DE SAJONIA

En la flor de su carrera de errores criminales alcanzó la Nemesis al régimen del conde de Brühl. A todas las maldades que este funesto personaje había cometido durante una serie de años despilfarrando sin conciencia los recursos de su país, y destruyendo su porvenir con su diplomacia falaz y traidora, solo le faltaba agregar el último crimen, y lo cometió abandonando á su desgraciado país á la triste suerte que él mismo le había preparado, no solamente indefenso, sino lo que fué mas horrible, sin direccion ni consejo. Se comprende que un hombre como el conde de Brühl, minis-

tro principal de su soberano, para monopolizar todos los grandes sueldos, se hiciera también nombrar general en jefe de la infantería; que por este general de sánete se enterase el soberano del Estado de su fuerza armada; que este mismo general nada hiciera para asegurar la defensa del país, que defraudase las pagas de los oficiales, que dejase desmoronarse las plazas fuertes, decaer el ejército y morir de hambre á los empleados, y que despojara á viudas y huérfanos; pero lo que no se comprende es que este mismo Brühl que como hombre de Estado tenía la petulancia de haber seguido desde diez años antes una elevada y grandiosa política, que llevaba y traía de una parte á otra todos los secretos de las cortes de San Petersburgo y de Viena, y sabía mejor que nadie que la gran guerra que él sin cesar iba provocando con sus instrumentos rastroeros, intrigas y actividad febril, había de inaugurarse con una invasión prusiana en Sajonia, ignorase absolutamente lo que convenia hacer ó disponer cuando aquel suceso preparado, previsto y anunciado por él, se presentara, y que sin idea ni plan, cometiendo necesidades sobre necesidades se precipitase con pleno conocimiento en el abismo de perdición que él mismo había abierto.

Brühl había basado toda su política sobre el principio de que con la Sajonia gobernada por él era incompatible la existencia de la Prusia regida por Federico II, y como consecuencia debía reinar entre ambas enemistad perdurable hasta que una guerra á muerte decidiera cuál de los dos países había de imperar como gran potencia en el Norte de Alemania. Para alcanzar esta posición en favor de la Sajonia había conspirado, intrigado, excitado contra la Prusia, mentido y calumniado y hecho mentir y calumniar en todas las cortes. En los años de paz había tenido la fortuna de cobrar pingües subsidios sin obligaciones de su parte; y si se le hubiera preguntado por qué no los había empleado en el aumento del ejército, habría podido contestar que por mucho que hubiese gastado en armamentos militares, nunca habría habilitado á la Sajonia para emprender cosa alguna trascendental, y que todo el porvenir de este país dependía de la protección y buena voluntad de las grandes potencias, del Austria, de la Francia y de la Rusia, cuyo propio interés les obligaba á hacer todo lo posible para elevar á la Sajonia y desmembrar á la Prusia. Esta consideración sin embargo no impedía que un ejército sajón, grande ó pequeño, fuera una condición indispensable para tener voto en el consejo europeo cuando llegara el día de discutir la paz. Si tal ejército no tenía importancia por su debilidad en frente de la gran superioridad del prusiano, y no podía soñar con empresas belicosas por su propia cuenta, siempre habría sido un elemento político de gran precio para cuando se hiciera la paz, si se conservaba hasta entonces compacto y disponible. Esta consideración elemental debería haber determinado al conde de Brühl á salvar este ejército grande ó pequeño á fin de conservarlo para mejor ocasión, cuando los prusianos entraron en Sajonia de improviso, antes de que las fuerzas rusas y austriacas hubiesen podido acudir al auxilio de aquel país. Lo mejor había sido, viéndose demasiado débil para resistir al invasor, pasar las fuerzas sajonas á Bohemia para unirse allí con las austriacas, ya que estas no podían ir por otras razones á Sajonia, para oponerse juntas á las prusianas. Por supuesto, para que este gran ministro y general, conde de Brühl, concibiera tal resolución, habría sido menester que previamente se hubiese formado una idea correcta y libre de ilusiones de la significación política y estratégica de la invasión prusiana sin dejarse engañar por el modo en que se efectuaba por suave que fuese, y por las frases con que se justificaba ante el público. Con gran claridad, aunque inútilmente, planteó la cuestión un informe militar presentado

al gobierno sajón, es decir, á Brühl en 19 de agosto por el feldmariscal conde de Rutowski y el caballero de Saxe, pero redactado probablemente por el mayor general Dyhern. La verdad era que la entrada de las fuerzas prusianas en Sajonia significaba el principio de un incendio general, para el cual había combustible acumulado en todas partes con la cooperación incansable del mismo conde de Brühl. Era muy natural que por parte de los prusianos se hiciera todo lo posible para no dar á su agresión este color hasta que las circunstancias lo permitiesen ó exigiesen, y esta debía haber sido una verdad elemental para un ministro como Brühl, que ni de noche ni de día soñaba ni hablaba de otra cosa mas que de la falsedad, de las traiciones y abusos de fuerza bruta del rey de Prusia. Por lo demás Federico estaba muy distante de querer engañar á la corte de Sajonia sobre la seriedad de su propósito, aunque no podía demostrarlo el 29 de agosto como lo hizo dos semanas despues.

Acababan de volver muy tarde por la noche del día 28 de agosto el rey elector y su ministro de una gran cacería en que se habían divertido muchísimo, cuando en los vastos salones del palacio de Brühl, cuajados de una numerosísima y brillante sociedad, el embajador prusiano Maltzahn comunicó verbalmente al primer ministro la resolución del rey su señor, que con el título de *Resumen de la comisión del ministro de Prusia* presentó al día siguiente por escrito. La comunicación no era nada ambigua, porque decía que á consecuencia del modo inicuo de proceder y de los proyectos peligrosos de la corte de Viena, el rey de Prusia se veía obligado á entrar con su ejército en Sajonia para pasar á Bohemia; que ordenaría la observancia mas estricta de la disciplina; que guardaría al país todas las consideraciones que permitieran las circunstancias, y todas las atenciones posibles á la familia real; pero, y nótese bien esta importantísima reserva, que atendida la experiencia que tenía de los años 1744 y 1745, no debería extrañarse ni censurarse que adoptara esta vez ciertas medidas de precaución para no volver á encontrarse en la misma situación de entonces. Por lo demás, nada deseaba tanto como el pronto restablecimiento de la paz y con esta el momento en que pudiera reintegrar á S. M. el rey de Polonia en la posesión tranquila de sus dominios, pues que ninguna idea hostil alimentaba contra aquel monarca.

Esta reserva, su justificación con lo sucedido en los años 1744 y 1745, y la promesa de restituir al rey de Polonia su país cuando se hiciera la paz, lo cual significaba que no le sería restituido antes, deberían haber abierto los ojos á un ministro, demostrándole toda la extensión del peligro; porque la suerte de la segunda guerra de Silesia fué decidida por la circunstancia de no ser dueño Federico II de la Sajonia, y era muy natural, según por lo demás se traslucía claramente de su comunicación, que en esta tercera guerra de Silesia no quisiese cometer la misma falta, antes bien, empezara por ocupar toda la Sajonia, ya que entre su país ó sea el Brandeburgo y la Bohemia no podía permitir un territorio enemigo.

El ministro Brühl no vió en esta comunicación mas sentido que el literal, sin hacer sobre ella las consideraciones que se deducían de la situación política general, máxime cuando su embajador en Berlin, Bülow, le escribió que según la expresión del ministro Podewils, solo se trataba de una marcha de tránsito tan inofensiva como forzosa. Contentóse con esta significación el gran ministro y general Brühl, dando así una muestra de su ligereza, superficialidad y obcecación incalificables, que no pueden ser vituperados bastante; y dió permiso en una nota verbal para el paso inofensivo del enemigo por su país, prometiéndole la neutrali-

dad de la Sajonia para toda la duración de la guerra, con lo cual creyó haber salvado la patria y cumplido perfectamente con su deber.

La corte de Sajonia, á pesar de que casi á cada hora desde el día 29 de agosto le llegaban noticias de sucesos que debían darle qué pensar, participó de la ilusión de su ministro. El día 30 recibió la noticia de que el príncipe Fernando de Brunswick había ocupado el día antes con su división la ciudad de Leipzig, y en la tarde del mismo día había declarado á la comisión del comercio, que desde aquel momento nadie debía pagar contribución ni impuesto alguno, cualquiera que fuese, al rey de Polonia. El 2 de setiembre el general Meagher, á quien el rey Augusto había enviado al de Prusia para hacerle cargos sobre su modo de proceder, volvió con una carta de Federico II fechada en 1.º de setiembre en la aldea de Pretsch, en la cual despues de muchas frases corteses decía: «Tendré para V. M. y su familia toda la consideración que debo á un gran rey á quien respeto y á quien siento ver entregado á los consejos de un hombre cuyos malos instintos son públicos y cuyas conspiraciones inicuas podría probar con documentos irrecusables;» y al final vuelve á repetir: «Los intereses de V. M. serán sagrados para mí, y se convencerá de que tanto estos como los de su familia estarán mejor guardados por mí de lo quieren hacerle creer personas que están demasiado bajas respecto de mí para que me digne nombrarlas.»

Sin pasar á insultos directos, era imposible que Federico II se expresara mas claramente sobre la política del ministro Brühl y de consiguiente sobre la imposibilidad de aceptar un tratado de neutralidad del soberano dirigido por semejante persona. Sin embargo, Brühl en su inconcebible ceguera siguió procediendo como si nada tuviese de amenazadora la carta del rey. El mismo día 2 de setiembre en que el rey Augusto recibió la carta se celebró muy temprano por la mañana un consejo en el cual los consejeros tomaron una resolución respecto de las consecuencias que este documento podía tener para el rey Augusto; resolución que solo se explica por la suposición, poco menos que inconcebible, de que todos aquellos consejeros secretos continuaban creyendo firmemente que bastaba todavía una conducta completamente neutral para salvar el interés del monarca sajón. Despues de haber convenido en que éste no podía continuar en Dresde y en que era indispensable que se reuniera con su ejército en el campamento de Pirna, para marchar con las tropas á otro punto, se propuso que se dirigiera á Bohemia para reunirse allí con el ejército austriaco mandado por el feldmariscal Brown. A esto se objetó que «con tal medida no se haría mas que exacerbar hasta el último extremo al rey de Prusia, darle un pretexto para justificar su conducta y tratar al país todavía con mayor dureza, y por último exponer á la Sajonia á tener que someterse á todas las condiciones que quisiera imponerle la emperatriz de Austria y reina de Bohemia (su aliada).» En vista de estas tres razones, de las cuales las dos primeras respiraban un desconocimiento espantoso de la situación, y la tercera era verdaderamente infantil, resolvió el consejo, que el ejército pasara en efecto á Bohemia, pero no para incorporarse allí á las fuerzas austriacas, sino para atravesar aquel país y la Moravia y dirigirse á Polonia. Nadie se acordó de que por la constitución que el elector había jurado como rey de Polonia, le estaba prohibido tener mas de 1,200 hombres de tropa sajona en aquel reino, ni á nadie le ocurrió que en Polonia no tendría tampoco con qué pagar, ni siquiera con qué alimentar á su ejército. Sin embargo si se hubiera hecho esto con prontitud se habría atendido á lo mas indispensable y urgente que era poner el ejército en lugar seguro y fuera del alcance de los

prusianos; pero ni el modestísimo valor y resolución que exigía la huida á Bohemia, tenía ya la corte sajona.

Sin tardanza fué comunicada á la emperatriz en Viena y á sus autoridades en Praga el próximo paso de las fuerzas sajonas por la Bohemia, y el 3 de setiembre marchó el rey elector para reunirse con su ejército; pero apenas hubo llegado con el conde de Brühl al cuartel general de Struppen, cuando ocurrió á este último escribir al conde de Wackerbarth, presidente del consejo de Estado que se había quedado en Dresde, que cuidara de hacer guardar el interior del palacio por los suizos del rey-electo cuando el rey de Prusia llegara á la capital y colocara sus granaderos delante de la régia morada para custodiarla, añadiendo: «esta precaución es del todo indispensable ya por el museo de curiosidades (*grüne Gewölbe*), ya por otros objetos depositados en el palacio.»

En este palacio se hallaba también el archivo con toda la correspondencia, que si caía en manos del rey de Prusia le podía servir para probar auténticamente las negras conspiraciones del conde de Brühl. Por lo mismo, otro cualquiera habría pensado en semejante percance antes de salir de Dresde, y en lugar de hacerlos guardar por la guardia suiza de palacio, habría mandado los documentos mas esenciales y todas las preciosidades del tesoro y del museo á la fortaleza de Königstein reputada por inexpugnable: esto aun prescindiendo de que lo mas importante era poner á salvo al ejército y al rey en territorio austriaco. En la noche del 3 al 4 de setiembre partió la escolta del rey-electo, y este se hallaba ya con sus hijos sentado en su carruaje para seguirla cuando el general de Rochow le dió parte de que se habían visto húsares prusianos en ambas orillas del Elba. Esta noticia asustó al rey, el cual abandonó el carruaje é hizo preguntar al caballero de Saxe que debía mandar la escolta, si podía responder de que ninguna bala, aunque extraviada, llegaría á tocar al rey; y como ni este oficial ni ninguna otra persona medianamente cuerda podía comprometerse á tanto, se aplazó primero la marcha para el día 5, y luego se renunció completamente á ella; con lo cual quedó sellada la suerte del ejército. Así lo refiere un testigo ocular, el teniente general conde de Vitzthum (1). El rey y las personas que le rodeaban se cuidaron poco de la suerte del ejército que acampaba en los alrededores de Pirna, donde el hambre y la superioridad del enemigo tenían forzosamente que rendirlo, con tal que ellos se salvaran á tiempo y se guardasen contra «alguna bala extraviada» en una plaza inexpugnable, como por ejemplo Struppen y Königstein. De suerte que la permanencia del rey entre sus tropas y la de estas en el campamento fueron resultados, no de un cálculo bien meditado, sino del abandono cobarde de una resolución enteramente contraria, y este hecho comprobado con documentos auténticos destruye por su base una leyenda muy bonita que introdujo en su historia el conde de Broglie, entonces embajador de Francia en la corte de S. M. polaca. De los papeles de este diplomático ha sacado en nuestros días el duque de Broglie en su obra «El secreto del rey», tomo 1.º pág. 170, la noticia de que la permanencia del rey de Polonia en el campamento de Pirna fué consecuencia de una resolución heroica tomada por él é inspirada por el embajador francés. «¿De dónde, dice el duque en su citado libro, le había venido esta decisión inesperada? ¿Quién había inspirado á aquel monarca tan licencioso y á su miserable privado, la resolución casi heroica de compartir con sus soldados los peligros y privaciones de un campamento? El hombre que concibió este plan, que casi lo dictó y que jamás rehuyó su responsa

(1) En los «Secretos de la Corte de Sajonia», I, 425 y 426.